

LAS GOLONDRINAS DE SAN FRANCISCO. Artículo publicado por el ecijano Benito Mas y Prat, en la revista española *LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA*, del día 8 de septiembre de 1882.

**Octubre 2018
Ramón Freire Gálvez.**

Vamos a comenzar el mes de Octubre, mes, no me canso de repetirlo cuando puedo, de muchísima importancia para el cristiano ecijano, pues entramos en el mes del Rosario, que hasta los confines de la tierra partió desde esta tierra astigitana, por medio del domínico Padre Peralta.

Pero también estamos ya en pleno otoño, a las puertas del invierno, cuando las golondrinas y vencejos que anidan y pueblan casas señoriales, torres, espadañas y dejan el surco de sus vuelos en el cielo azul ecijano, me encuentro precisamente, en mi caminar literario hacia la búsqueda de noticias, hechos, sucesos y obras de autores ecijanos, lo que voy a transcribir y que me llamó la atención, dado que serán muy pocas las personas ecijanas que no sepan qué es una golondrina, que, como decía anteriormente, tanto vuelan sobre el cielo ecijano y anidan en torres, espadañas y edificaciones nuestras.

1

Y los que somos cofrades, sabemos que tienen relación con



J. Benlliure: Todo el pueblo acude a ver a San Francisco

Jesucristo y así un día leí, lo que se llama *LEYENDA DE LAS GOLONDRINAS*, que viene a decir que la golondrina anuncia la primavera.

Es mensajera de la resurrección de Cristo.

Una leyenda armena narra que la tarde del Viernes Santo, las golondrinas de Judea y de Galilea, se reunieron en torno al sepulcro de Cristo y al alba de Pascua,

volaron a todo el mundo anunciando la Resurrección.

Otras leyendas medievales cuentan que el Viernes Santo, con sus picos, las golondrinas quitaron las espinas a Jesús de su cabeza. El pueblo llano y sencillo, formo una leyenda piadosa, que une las golondrinas a la Pasión de Jesús y de ahí un respeto reverencial hacia las golondrinas.

Dice la tradición popular, *que un bando de golondrinas, aliviaron el sufrimiento de Jesús de Nazaret durante su martirio en el monte del Calvario, arrancando, con sus picos, las espinas de la corona que perforaban y herían su frente.*



Y así se recogen en el folklore popular español numerosas alusiones en forma de cantares y coplillas.

Y como no podía ser otra forma, el ecijano y andaluz como fue Benito Mas y Prat, no dejo de escribirle a las golondrinas, bajo el artículo que denominó *LAS GOLONDRINAS DE SAN FRANCISCO* y que era del siguiente tenor literal:

I.

¿Quién no presiente lo que es un alma? ¿Quién no ha visto una golondrina? Habitantes perpetuos del aire y del éter; viajeros del cielo y de la tierra; visitantes cotidianos de alturas y profundidades sin límites; estrellas que pasan y alas que desaparecen; he aquí lo que son, o deben ser, las golondrinas y las almas.

Michelet, soñoliento, apostrofaba a uno de esos inquietos hirundinidos, que trazan círculos sobre nuestras cabezas con la misma facilidad con que un adolescente hace castillos en el aire, y le decía en su lenguaje un si es no es sibilítico y sonambúlico:

“¡Tan de cerca me acaricias, que he sentido en la cara el aire de tus alas y, casi casi, sus golpes!

¿Eres un pájaro? ¿Eres un espíritu? ¡Ah, si eres un alma, dímelo francamente, y dime también cual es el obstáculo que separa a los vivos de los muertos!”

Y en verdad que hay algo de misterioso e incomprensible en esta ave emigrante, tan amiga de sus nidos de Europa ⁽¹⁾, que solo en ellos cría a sus hijuelos; tan sensible a los cambios atmosféricos, que suele aletargarse durante la estación de las nieves, si permanece en nuestras costas, y tan dominadora del espacio, que conoce los senderos del cielo con la misma precisión que un sectario de la escuela de Allan-Kardec la Vía Láctea, con sus numerosas y espléndidas estaciones.

La musa popular, ávida de símbolos y de misterios, ha asociado el nombre de esas oscuras viajeras al imponente drama del Gólgota, diciendo con sin igual gracejo:

En el monte Calvario
Las golondrinas
Le quitaron a Cristo
Tres mil espinas.

3



Y aquí volvemos a tropezar con las dudas de Michelet, preguntándonos si estas golondrinas a que se refiere el pueblo eran tales aves, o almas amantes del Crucificado, entre las que podría encontrarse la de María Magdalena, por ejemplo.

Confieso que jamás he podido ver llegar a las golondrinas sin sentir algo extraño dentro de mí; algo extraño, parecido a eso que se llama un *vuelco del corazón* entre los que no tienen el tecnicismo de la ciencia en la cabeza. Cuando *emigraban*, volvía a repetirse el *vuelco*, pero de muy distinto modo: el corazón vuelca de tantos, que es imposible determinar la resultante de sus caídas.

¹ Me refiero a la golondrina rústica, que es la más común en España e Italia.

Recuerdo que durante mi adolescencia vivía en la antigua Astigis, en una plazuela a cuyo frente se alzaba la iglesia de Santa María, y en cuyo centro se erguía un tosco monumento de piedra dedicado a la Asunción de la Santa Virgen.

La torre, airosa y esbelta como todas las de aquella ciudad *sui generis*, bordada como ellas desde los siglos XVI y XVII, y el gigantesco arco que da ingreso al porche, sobre el cual se lee la conocida leyenda: *Asumpta est Maria in Caelum*, eran la parada favorita de los hirundinidos de toda especie.

A la caída de la tarde, una alegre colonia de vencejos y golondrinas llenaba los puntos altos de la plazuela y daba ocasión a los chicuelos para asestar sus flechas de caña erizadas de puntas traidoras.

Hay cuadros que no se borran fácilmente en la fantasmagoría de la existencia, y éste es para mí uno de ellos; aquella torre y aquel informe monumento de piedra; aquel trozo de cielo azul y aquellos portales bajos y oscuros, como los de las ciudades alemanas de la Edad Media, me están presentes todavía. En aquel lugar quedan vivas señales de mis primeros años, y aún resuena en mi oído el *uide-nit* de las golondrinas, el grito de los vencejos y el doble de las campanas que tuve tan cerca.



Frontera a mi casa, y en un antiguo solar que conserva todavía su escudo de piedra adornado de barras roeles y grifos caricaturescos, vivía una joven pálida, ojerosa y de extremada belleza; enferma, según se decía en el barrio, de tuberculosis, y que pasaba las tardes de entretiem po asomada a los balcones de aquel palacio, hace poco profanado, como el de la villa Eugenia, *llevando el alta y baja de los pájaros muertos a flechazos* por los acólitos del templo y sus revoltosos adláteres.



Yo solía presenciar también con frecuencia aquellas lides del niño y del pájaro, sin conocer todavía, ni por el gorro, las ingeniosas hipótesis darwinianas.

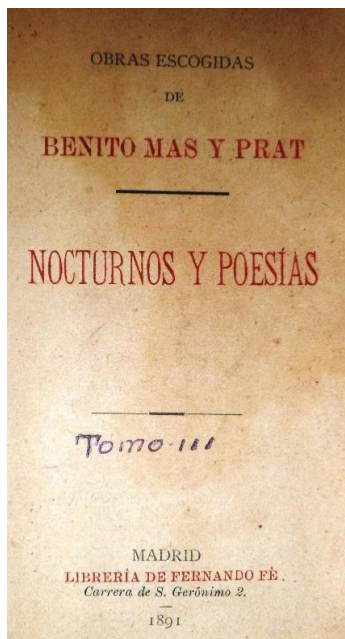
Una tarde, contemplábamos, yo desde mi azotea y ella desde el balcón que lindaba con la iglesia, una de las más pavorosas matanzas. Las cañas se habían vuelto lanzas, como reza el refrán castellano, y aquellos pequeños barbaros tendían sin compasión sobre las aves sus ligeros arcos de ramas de acebuche. Golondrinas y vencejos solían caer reunidos sobre las piedras, siendo rematados a varetazos, con todas las reglas del arte encomiado por el genial autor del *Murciélago alevoso*.



De repente sonó un grito agudo, que fue a perderse en la media naranja de la iglesia y que dejó estupefactos a los eternos capeluches de la plazuela. El grito había partido del balcón de mi vecina, la cual cayó a poco, como cuerpo muerto, sobre el cojín bordado que tenía a sus plantas.

5

La bastita que favorecía su tos vioese entre sus crispadas manos manchada horriblemente por el último esputo de sangre.



¿Qué había pasado?

Lo supe después del entierro; los chicos de la plazuela habían muerto su postrera ilusión, personificada en una primorosa golondrina blanca que venía a visitarla todas las primaveras.

Nunca he podido olvidar a aquella pobre niña, delgada y enfermiza, en cuya frente diáfana se hubieran podido mirar las estrellas, y que moría sin razón, con mueren los pájaros y las flores; hace pocos años dediqué a su memoria la poesía titulada "*Un Fantasma*", publicada en mi libro *Nocturnos*, y que dice así, si mal no recuerdo:

Era pálida, rubia; apenas pude
Escuchar los acordes de su voz;
Siempre paso ante mí como un relámpago,
Y no os puedo decir si me miró.
Extraña es la memoria que conservo
 Hoy de aquella mujer.
Y aunque vive también con mis fantasmas,
 No comprendo por qué.
La vi tres veces; la primera, estaba,
De la luna a la tibia claridad,
Reclinada en su reja, despojando
Los cándidos capullos de un rosal.
Cada vez que las auras esparcían
 Los restos de una flor,
Dos lágrimas saltaban de sus ojos,
Espléndidos y grandes como el sol.
La segunda, oprimían el piano
Sus diminutos dedos de marfil,
Arrancando armonías tan extrañas,
Que nadie las ha vuelto a repetir.
Expiraron las notas, torva, rígida,
 A levantarse fue,
Y, en un golpe de tos, gotas sangrientas
Llegaron el teclado a enrojecer.
La última vez, llevome hasta su reja
Esa incierta y medrosa claridad
Que los tristes blandones de los muertos,
Al declinar el día suelen dar;
Miré por las persianas entreabiertas,
 Y a su indecisa luz
Vi sus manos cruzadas sobre el pecho,
Bajo el negro cendal de un ataúd.

6

II.

Dejo caer la tapa sobre el féretro de mi vecina, y
vuelvo a las golondrinas de San Francisco.

Cuentan los apologistas del santo de Asís, que luego que dejo
de ser galán, pendenciero y rey de fiestas, y entró, por permisión

divina, en San Damián y en la Porciúncula, donde tuvo sus primeras revelaciones, esquivo un tanto el trato de los hombres, y busco la compañía de las aves, como seres familiares del cielo.

En sus frecuentes excursiones por las cercanías de Asís, y en sus cotidianas visitas al convento de Santa María de los Ángeles, que le era tan caro, hallaba siempre motivo para interrogar a las nevatillas y a los petirrojos, y conversaba largamente con “las hermanas golondrinas”, que hubieran anidado bajo su hábito con la misma seguridad que en el alero del tejado de su casa paterna.



Para explicar su predilección por las aves, los hermanos de la Orden Tercera contaban un extraño suceso, que recogió de varios modos la leyenda, y que voy a transcribir aquí, tomando, al azar, cualquiera de sus infinitas variantes.

7

Una tarde de primavera, en la que San Francisco leía y oraba en su celda de la Porciúncula, llegaron hasta él un sin número de golondrinas, tan parleras y juguetonas, que no le daban punto de reposo. La tarde era hermosa y templada; la brisa iba y venía cargada de aromas de azahares, y el sol poniente parecía tener la misión de acelerar el curso de la sangre en las venas y de hacer reventar los botones de las rosas.

El seráfico varón, que devoraba en aquel instante el bello pasaje del Cántico de los cánticos, en que el esposo pide a la esposa «pomas y flores, porque desfallece de amor», levantó dulcemente la cabeza, procurando esquivar las risueñas lontananzas de la campiña, y con los ojos preñados de lágrimas, se limitó a decir a aquella multitud vocinglera y revoltosa:

Hermanas golondrinas, ¿queréis ha erme el favor de callaros un poco?...

Las golondrinas obedecieron al punto, desbandándose silenciosamente; más el Santo no volvió a abrir el misterioso libro de las parábolas y de los proverbios; antes bien, llegándose a la ventana de la celda con ansiedad desusada, siguió en vago éxtasis



el vuelo de aquellas tímidas aves, que desaparecían, acaso para no volver, mientras el asceta dejaba escapar un suspiro, que no debió de sentir ni la tierra.

Desde aquella tarde busco San Francisco a las aves de todo género y se deleitó

entre ellas, llegando hasta el extremo de hacerlas partícipes de sus predicaciones. Unas veces eran ellas las que, partiéndose a los cuatro vientos, repetían en su lenguaje armónico las doctrinas franciscanas, y daban ejemplos vivos al pueblo, separándose de la tierra y caminando, sin más equipaje que sus mantas de plumas, en busca del cotidiano sustento; otras, eran ellas también las que ayudaban al antiguo cantor de Asís a entonar sus himnos y sus antífonas en loor del Dios de la pobreza; siempre eran ellas, en fin, las que arrebataban al Santo, en serena trasfiguración, a través del espacio, llevándolo sobre sus alas de nube en nube y de astro en astro.

8

Refiere el jesuita Rivadeneira que, yendo cierto día a predicar, hallo en el camino multitud de aves, que se estuvieron quedas al verle, y a las cuales dijo: "Hermanas aves, mucho debéis a vuestro Criador, porque os vistió de plumas y os dio alas para volar y aire puro en que espaciaros, y sin ningún cuidado os mantenéis y conserváis"; oyendo lo cual las aves, se regocijaban, extendiendo el cuello y las alas y haciendo demostraciones de alegría, y, aunque el Santo las tocaba con el vestido, ninguna se movió de su lugar hasta que les dio su bendición y licencia.

El desventurado poeta Zenea recordó acaso estas frases de San Francisco, cuando dijo:

¡Señor, Señor, el pájaro perdido,
Puede hallar donde quiera su sustento,

En cualquier árbol colocar su nido
Y a cualquier hora atravesar el viento.
Y el hombre, el dueño que a la tierra envías,
Armado para entrar en la contienda,
No sabe, al despertar todos los días,
En que desierto plantará su tienda!

Los franciscanos tenían, acaso por esto, gran afinidad con las avecillas del campo, que el fundador de su Orden solía tratar tan de cerca.

No sé por qué he visto disimulados en la leyenda del Santo de Asís, como los vi en la canción popular de las golondrinas del Calvario y en los originales apóstrofes de autor de *El Pájaro y el Insecto*. Ni los apologistas dicen que San Francisco viera en las golondrinas la personificación de esas esperanzas mundanas que vienen a visitarnos por la vez postrera en los instantes supremos de la vida, ni indican que el Santo buscara el trato de las aves, símbolo animado de la libertad, para amaestrarse en la lucha de las tentaciones y en las victorias de la continencia.



Sin embargo, hay razones poderosísimas para suponer que, así como bajaban los coros de querubenes, con celestial aleteo, a levantar en su alma las imágenes de la vida eterna y a regalar su oído con armonías solo escuchadas por el espíritu, bajaron, alguna que otra vez, los recuerdos y las esperanzas postreras a llamar a las puertas de sus sentidos y a batir sus alegres alas cerca de su frente calenturienta.

Como San Francisco, aquel de quien huyeron una vez las golondrinas, suele buscarlas con ansia ardiente; y si las ve pasar indiferentes a su lado, si no logra, como otras veces, departir con ellas y abrugarlas de nuevo en su seno, cierra los ojos y se tiende en el féretro, como mi pobre vecina.

Se necesita ser santo para mandar callar a las esperanzas, y mártir para vivir entre los recuerdos; Francisco de Asís, como hemos

visto, vivía entre los pájaros y mandaba callar a las golondrinas.

III.

Es indudablemente extraño que las golondrinas tengan el privilegio de presentarse como poéticos símbolos, lo mismo en la historia que en la leyenda, tanto en el mundo clásico como en el cristiano.



La mitología refiere, de esa manera enmarañada y extravagante que le es propia, como Progne, esposa de Tereo, rey de Tracia y predecesor de Bóreas, fue convertida en golondrina.

Esta hermosa griega, hija de Pandion de Atenas, furiosa porque su esposo había deshonrado a Filomela, su hermana, cuidando a más de cortarla la lengua, para que no pudiera revelar su desdicha, logro vengarse de Tereo, destrozando con sus propias manos los miembros del pequeño Itis, fruto de la violencia, y sirviéndoselos en un banquete, para cuyos postres reservo la sangrienta cabeza del niño.

10

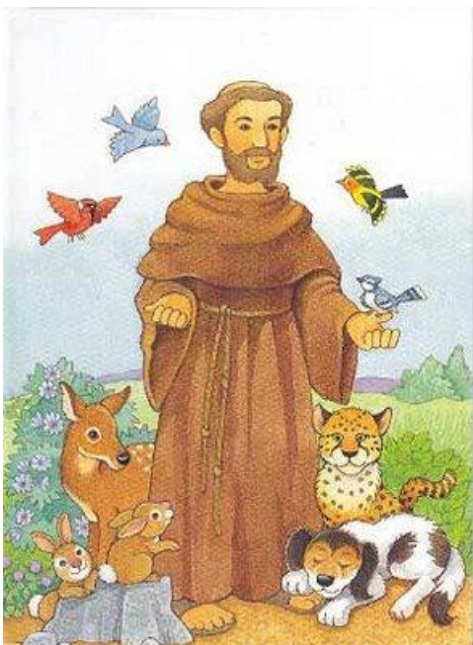
Enfurecido Tereo cuando llegó a entender la burla sangrienta, se levantó del lecho, pálido y desencajado, y empuñando su espada, lanzose tras las dos hermanas, que hubieran recibido en sus pechos el hierro desnudo, si los dioses, horrorizados de tantos crímenes, no hubieran transformado en aquel mismo punto a Progne en golondrina, a Filomela en ruiseñor, y a Tereo en ave de rapiña.



No es preciso penetrar mucho en la maraña torpe y oscura de este mito heroico, para adivinar la idea simbólica que pudo informarlo.

El velo que la muda Filomela borda poco a poco en la prisión, recuerda el trabajo de la memoria sobre la inmensa gasa del tiempo; el hijo que mata Progne, y cuyos palpitantes miembros llega a masticar Tereo en la fiesta de Baco, es como la encarnación del pasado, que aparece a trozos en el festín de la existencia; el ave de rapiña, que ha de perseguir sin descanso a la golondrina y al ruiseñor, no puede ser otra que el pensamiento humano, que se recoge en sí mismo durante los crepúsculos de la meditación, y se lanza al fin en pos de las ilusiones y de los sueños, que no ha de tener jamás entre sus garras.

Tan fértiles en datos curiosos y en analogías extrañas como este mito original, son los relatos de los antiguos escritores y de los naturalistas modernos, en lo que toca al ave que yo llamo de San Francisco.



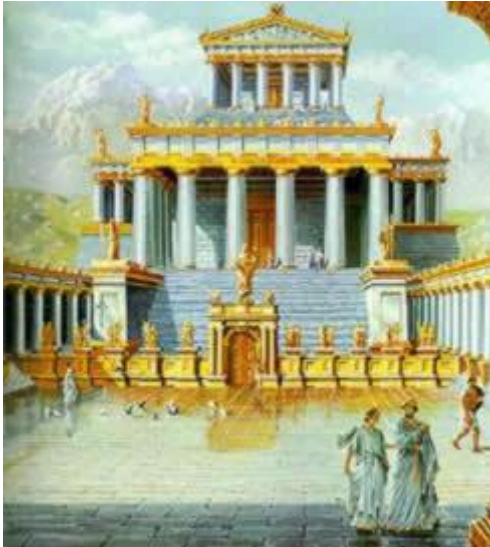
Ya se estudie a Homero o a Haeckens, a Plinio o a Toussenell, a Herodoto o a Spallanzani, siempre os encontraréis a Progne en metamorfosis perpetua; siempre la veréis revoloteando sobre el laboratorio de Hipócrates, o en torno de las tablillas enceradas de Teócrito y Virgilio.

Como afirman los enciclopedistas de nuestro tiempo, no existe ave alguna cuya historia y particularidades se hayan consignado en mayor número de obras.

Y, cosa rara, en todos esos libros, en todos esos autores encontramos algo que justifique la melancolía de la niña enamorada que ve partir a los hirundinidos en las nebulosas tardes de Setiembre; la inexplicable alegría del adolescente que los ve llegar, pareja a pareja, durante la primera quincena de Abril; la silenciosa lagrima del anciano a cuya ventana tocan con el ala por la vez postrera.

Los arúspices y ungüentarias de la ciudad de los Césares hallaron en la golondrina una poderosa auxiliar para sus respectivas

profesiones. El vuelo de estas aves, que trazan en el aire múltiples y variados círculos, dio a los unos curvas y figuras cabalísticas, mientras que su buche, su carne y sus huesos proporcionaban a las otras filtros, ungüentos y talismanes, cuyas virtudes duran aún entre-nuestros crédulos campesinos.



Diez y siete preparaciones extraían los antiguos de la golondrina, cada una de las cuales tenía, según ellos, la propiedad de curar una de las más terribles enfermedades.

El agua de golondrina, que producía la calvicie, como los recuerdos tristes, se preparaba destilando carne de golondrina joven mezclada con castóreo y vinagre de yema; esta agua, tomada en ayunas, según el precepto de los dioscórides, era la panacea de los antiguos. Las piedrecillas encontradas en el estómago del hirundo, colocadas en un saquillo y suspendidas al cuello por medio de un cordón o una cadena, servían a las jóvenes romanas de indispensable amuleto.

Los naturalistas contemporáneos han pagado también su tributo a la creencia popular, que ve siempre en la golondrina el ave misteriosa y simbólica: Toussenell y Naumann, Achard y Veillot, Geoffroy y Spallanzani, siguen notando particularidades extrañas en el hirundo, y le dedican atención preferente en sus estudios ornitológicos.

Ellos son los que afirman que las golondrinas vienen, como las ilusiones, por parejas, y emigran, como aquéllas, a bandadas; ellos, los que han comprendido el maravilloso instinto de estas aves, que comen mientras vuelan, como el pensamiento, y que saben viajar también por el espacio, sin que les importen un ardite las sombras nocturnas; ellos son, en fin, los que afirman, bajo su palabra, que



los hirundinidos vuelan siempre hacia el Ecuador, como las esperanzas de la juventud, y suelen permanecer vivos entre la nieve, como los deseos impuros bajo algunos cráneos cubiertos de canas.

Con los naturalistas de los dos últimos siglos vuelve a aparecer el símbolo y la personificación, como apareció con los mitólogos, con los poetas y con los escritores legendarios de los tiempos de Mari-Castaña.

He aquí como nos describen el vuelo de la golondrina, o lo que es lo mismo, del espíritu humano, si hemos de seguir persiguiendo las analogías señaladas por Michelet:



“Unas veces se desliza, en cierto modo, por los aires; otras se cierne, agita las alas de pronto, gira con la rapidez del relámpago, sube, baja, rasa la superficie de la tierra o del agua, y elevase después a prodigiosa altura. Atraviesa por la más estrecha abertura; se baña, sin interrumpir su vuelo, en el Océano, y remontase por los aires sacudiendo su plumaje.”

13

Un sabio extranjero ha logrado interpretar el lenguaje de la golondrina. Según él, sus cantos, himnos y conversaciones pueden traducirse en signos taquigráficos expresivos de las siguientes letras: t , z , e , s , c h , b , i , u , h , k , o , c , r , d , l ; s u plegaria matutina, que es como el grito del muecín para los de más pájaros ⁽²⁾, comienza por las frases *uierb uerb*, que repite a la manera sáfica, y se cierra con el *uib, ueib uividae tzcor*, seguido de un largo gorjeo; su *marsellesa* se inicia con el misterioso *voide uide uib*; crece con el *biuist* entusiasta, y suele terminar *en la guillotina* con el *tzekch* pavoroso.

Pasando del lenguaje a los hábitos sociales del ave de San Francisco, dicennos que, en vez de profesar las doctrinas de Luisa Michel, Progne es partidaria del orden y del amor único; en efecto, vuelve a su nido de antaño en unión de su primitiva

² La golondrina despierta antes que todos, según observan muchos naturalistas.

compañera; sabe educar a sus hijos, enseñándoles a tiempo *que el que se casa quiere casa* y profesa el más bello precepto del Decálogo, ayudando a sus hermanas en las mayores tribulaciones.

Los griegos consideraban a la golondrina como el ave favorita del hogar, y trajeron acaso a España el curioso refrán siguiente:

“El que mata a una golondrina mata a su madre.” Si la casa, como dijo algún partidario de Krausse, no es más que la prolongación del vestido, y las golondrinas eran miradas como los espíritus del hogar, este refrán primitivo es un hermoso símbolo, como todo lo que al hirundo se refiere.



Quien atenta a los penates del hogar, atenta al hogar mismo. La madre y el hogar son la propia cosa, como lo deben ser el altar y el tálamo, la cuna y el seno materno. Alguna abuela oficiosa enseñó a sus revoltosos nietezuelos el rancio refrán citado, mientras sus tardos pensamientos volaban, acaso, hacia la época en que su hija, a la sazón madre y esposa, balbuceaba entre sus brazos el *nicro uerb* de las golondrinas que pasaron.

Vuelvo a recordar de nuevo a mi vecina y a San Francisco al llegar a este punto, y me explico muchas antinomias, que eran para mí absurdas e inexplicables. ¿Cómo la golondrina ha tenido el privilegio de preocupar al profeta Isaías y al gran Homero, a Goethe y a Byron, a Lamartine y a Gustavo Adolfo? ¿Por qué muestran los poetas tal predilección por esa ave pequeña y oscura, que ni tiene el plumaje del colorín, ni el atrevimiento de la alondra, ni la fuerza del picamaderos, ni la privilegiada garganta de la *hermana* Filomela?

Michelet se encarga de contestarnos. El hirundo se arrastra difícilmente por la tierra, como aquel soñador de que nos habla Schiller; busca siempre en el mismo balcón a su adorada, como Romeo, y salva, como Telémaco, todos los obstáculos para volver a su Itaca; todo actividad, todo amor, todo alegría, es, como hemos dicho varias veces, la encarnación viva de esas fantasmas de indefinibles contornos, que pasan continuamente a nuestro lado, sin

que podamos darnos cuenta de lo que son, han sido o pueden ser, aunque nos acarician *tan de cerca, que sentimos en el rostro el aire de sus alas y casi, casi sus golpes.*

Apenas habrá alma atribulada que no haya departido con las golondrinas, ni enamorado ausente que haya dejado de tenerlas por mensajeras; los poetas líricos de ambos continentes han hallado en



ellas sabrosas inspiraciones, y haciéndolas, como San Francisco, hermanas tuyas, les han confiado sus más rudos pesares y sus más ocultos pensamientos.

Bécquer decía hace poco en esas inimitables y melancólicas rimas, que le han valido una reputación europea cuando aún están calientes sus cenizas:

Volverán las oscuras golondrinas
De tu balcón sus nidos a colgar,
Y otra vez con el ala a tus cristales
Jugando llamarán;
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha a contemplar,
¡Aquellas que aprendieron nuestros nombres,
Esas... no volverán!

Y tenía razón nuestro poeta; cuando las golondrinas emigran, el cielo que cubre el alero abandonado se viste de luto, y el viento silba dentro de los nidos, como una culebra; desplomanse los muros del hogar, y se acerca el único día del año en que suelen estar acompañados los muertos.

Exactamente lo mismo acontece cuando las ilusiones se van y solo queda dentro del corazón el hueco vacío; caen *las hojas desprendidas*, como dijo el más loco de los románticos; se apaga el rumor de los besos y el batir de las alas, y solo se escucha el son de las campanas y de los rezos alquilerados del mes de

Noviembre. Bécquer murió porque no volvieron *aquellas* golondrinas...

Pero he vuelto yo a separarme del asunto, y el primer rayo de sol que penetra por mi ventana se cuida de advertirme que apague la lámpara y mulla la almohada del lecho.

Avanza el día; suenan voces y gorjeos... ¿Vendrán a despertarme las golondrinas de San Francisco?

BENITO MAS Y PRAT

Junio de 1882"

Qué más voy a decir que ustedes, a través de los distintos artículos que les estoy haciendo llegar, de tan insigne escritor ecijano, no haya pensado en voz alta sobre la calidad literaria del mismo y cuánto estoy yo aprendiendo.

Es verdad que el saber nunca ocupa lugar, me decían en la escuela y mis padres, pero saber un poco más, con tanta calidad de enseñanza, es imposible.

Y aunque las golondrinas, igual que los vencejos, lleguen en primavera a nuestra tierra, para pasar junto a nosotros hasta final de verano, para, cuando llegue el invierno, marchar a tierras africanas, en este principio del mes de Octubre (no olvides que es el mes del Rosario ecijano), este relato sobre *Las golondrinas de San Francisco*, espero que lo disfruten, y como siempre, una vez más, que lo compartan para mayor gloria de nuestro paisano Benito Mas y Prat.